

NOTAS Y COMENTARIOS

GUSTAVO ELOY PONFERRADA
Seminario Mayor de La Plata

Verdad y religión

«Todo hombre naturalmente, desea saber», observó Aristóteles¹. Y puntualizó: «Saber es conocer las causas»². Es fácilmente comprobable que el asombro, como señaló el Filósofo, despertado por hechos insólitos o que trascienden el vuelo de la razón humana lleva a cualquiera a reflexionar. Nos interesa saber el por qué de ese evento que provocó nuestro asombro. En otros términos queremos conocer la verdad, la explicación del hecho.

Es que la mente humana está hecha para la verdad. Santo Tomás extiende ese deseo natural hasta el fin: «La verdad es el fin último del universo»³, es decir la razón humana tiende hacia Dios. La curiosidad natural que cotidianamente se manifiesta en averiguar la explicación de hechos intrascendentes conduce a muchos a ámbitos más elevados y complejos: se encamina hacia el fin último de todas las cosas que es Dios mismo.

Santo Tomás señala que este proceso lógico, que aparece como una exigencia natural, no ha sido seguido, como es obvio, sino por muy pocos. Y explica por qué. Se trata de «una diligente investigación» que la gran mayoría no puede realizar por múltiples motivos. Uno de ellos es la «mala complejión» (física o psíquica) que indispone naturalmente para el saber. Otra causa es el estar impedido por el cuidado de los bienes familiares: es preciso que haya quienes se dediquen a administrar bienes temporales y no pueden dedicar el tiempo necesario para la investigación intelectual que lleva a Dios. La pereza también es un impedimento para otros ya que es preciso estudiar muchas cosas para conocer lo que la razón puede descubrir sobre Dios, tema final de la Metafísica que es la última de las disciplinas filosóficas y que por ello implica

¹ *Metaphys.* I 1: 980 a 20.

² *Analyt. post.* I 2: 71 b 10; y *Metaphys.* II 1: 993 b 28.

³ *Summ. c. Gent.* I 1.

muchos conocimientos anteriores. Y a esto se agrega que quienes llegan a la verdad sobre Dios lo han hecho después de un largo tiempo, superando el vaivén de las pasiones juveniles, las limitaciones del entendimiento y el influjo de la imaginación⁴. En conclusión, el Santo Doctor infiere de todo esto la necesidad de una revelación divina que muestre la verdad, que con mucho dificultad y tras mucho tiempo, puede descubrir la razón humana sobre Dios y sobre su obra, en especial sobre el sentido de la vida humana y sobre su destino⁵. En esta perspectiva, que es la bíblica, la religión aparece teniendo su origen en Dios que es la verdad misma que se manifiesta al hombre y espera una respuesta.

La revelación se dirige a toda la humanidad. Pero es claro que no son muchos los que la reciben. Las conjeturas fantasiosas de los tradicionalistas del siglo XIX suponen que Dios habría comunicado a Adán y Eva un cúmulo de verdades que transmitieron a sus descendientes y que fueron desviándose hasta llegar al politeísmo, la idolatría, y rituales caprichosos, a veces inhumanos⁶. La Biblia supone que entre Adán y Noé y entre éste y Abraham, pasaron dos largos períodos en cada uno de los cuales la humanidad se habría extendido y organizado socialmente, conservando el culto al verdadero Dios. Pero es de notar que el hagiógrafo sólo sigue una línea, la de la descendencia de Set, y después de la de Noé, con referencias marginales a otros pueblos⁷. Abraham y sus descendientes viven en plena civilización entre pueblos que de modos muy diversos honran a los dioses y les ofrecen sacrificios, a veces humanos. La religión ocupaba un lugar preponderante en ese mundo⁸.

Los sociólogos positivistas se han preocupado por explicar el hecho religioso en los pueblos antiguos en la otrora llamada era patriarcal ante y postdiluviana. No causa sorpresa que de algún modo coincidan con las observaciones de Aristóteles y hasta de Santo Tomás: se trata de conjeturas lógicas. Ante eventos que asombran, el hombre primitivo se habría preguntado: ¿quién ha producido este vendaval?, ¿quién arroja rayos sobre la tierra?, ¿quién ha hecho conmovér la tierra en este sismo? Y no sólo ante hechos catastróficos: la admiración puede despertarse ante los ritmos de la naturaleza, la sucesión de las estaciones, el florecer de las plantas en primavera, la maravilla de un cielo estrellado. Espontáneamente no trataría de averiguar qué es eso o para qué es sino quién lo ha hecho. Esta actitud primera habría llevado a atribuir los fenómenos a fuerzas sobrehumanas ejercidas por un ser superior. Esta conclusión —a la que llegaron investigadores tan distintos como W.

⁴ *Ibid.*, I 4.

⁵ *Ibid.*, I 5.

⁶ Cfr. F. DE LAMMENAIS, *Essai sur l'indifference en matière de religion* (Paris, Garnier), t. II, p. 218.

⁷ Cfr. A. COLUNGA O. P., «El Génesis», en *Biblia Comentada* (Madrid, BAC, 1960), t. I, pp. 118-125.

⁸ Cfr. J. LEUBA, *The Psychology of Religious Mysticism* (New York, 1925). Destaca la universalidad del hecho religioso, al que da una explicación biologista.

Schmidt, G. van der Leeuw y Mircea Eliade⁹— muestra que habría ya un esbozo de la trascendencia y unidad del ser supremo. Y naturalmente provocaría el deseo de comunicarse con él y rendirle homenaje. Así habría surgido la religión, como relación entre el hombre y Dios.

Admitiendo que la búsqueda de la verdad sobre las causas de los fenómenos lleva Dios y a la religión, la mayoría de los sociólogos parece no haber tenido muy en cuenta la advertencia de Santo Tomás sobre la dificultad de realizar esta investigación. Muy pocos la habrían hecho. De ahí que podamos suponer que esos pocos transmitieron sus descubrimientos a los demás. Aun cuando esto parezca lo más lógico, no resulta fácil de admitirlo sin alguna intervención del mismo Dios al menos en los inicios de la religión natural. Es claro que las verdades religiosas se fueron deformando y se cayó en politeísmo, fetichismo, animismo, dualismo etc.

La idea de Santo Tomás de que la búsqueda que los humanos siguieron en pos de la verdad parece mejor fundada que las hipótesis de los positivistas, sobre el origen de la religión, sean éstas de corte psicológico —como H. Delacroix[10], J. Leuba[11] o S. Freud[12]¹⁰—, sean afectivitas —como en W. James¹¹—, intuitivistas —como en R. Otto o M. Scheler¹²—, y aunque algunas admitan la realidad de Dios, se quedan en el aspecto fenoménico (o fenomenológico): no trascienden este nivel. Hablan de experiencias subjetivas y en ellas descubren esencias, pero sin sentido metafísico:

«La fenomenología en cuanto análisis de datos concieniciales pone en las manos esencias, una pluralidad de "eidos" y por lo tanto estructuras intraconcienciales que como tales no exceden el ámbito de lo posible, de las hipótesis plausibles. Sólo la Metafísica es la que da al ser real su autenticidad y existencia concreta»¹³.

San Pablo, gran conocedor del mundo y de las religiones de su época, reprocha a los paganos de «aprisionar la verdad», porque al conocer las obras de Dios no se elevaron hasta El: «Lo que se puede saber acerca de Dios, El lo dio a conocer claramente. Porque sus atributos invisibles, su poder eterno y su divinidad se hacen visibles desde la creación del mundo, descubiertos a la reflexión» (*Rom 1:20*). Ya en el libro de la

⁹ Cfr. W. SCHMIDT, *Der Ursprung der Gottesidee* (Münster, 1966); G. VAN DER LEEUW, *Fenomenologia della religione*, trad. V. Vacca (Torino, 1975); y M. ELIADE, *Lo sagrado y lo profano*, trad. L. Gil (Madrid, 1967).

¹⁰ Cfr. H. DELACROIX, *Etudes d'histoire et de psychologie du mysticisme* (Paris, 1908); ID., *Les grands mystiques chrétiens*, nouv. éd. (Paris, 1938); J. LEUBA, *The Psychology of Religious Mysticism*, cit.; S. FREUD, *El porvenir de una ilusión*, en *Obras completas* (Madrid, 1948), t. I, pp. 1277-1303; e ID., *Totem y tabú*, *Ibid.*, t. II, pp. 419-509.

¹¹ Cfr. W. JAMES, *The Varieties of Religious Experience*, 23th ed. (London & New York, 1942).

¹² Cfr. R. OTTO, *Lo santo*, trad. F. Vela (Madrid, 1965); y M. SCHELER, *De lo eterno en el hombre*, trad. J. Marías (Madrid, 1940).

¹³ A. ALESSI, *Filosofia della religione* (Roma: Las, 1991), p. 301.

Sabiduría se llaman «vanos» (o «necios») «todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios y por los bienes que disfrutaban no alcanzan a conocer al que es la fuente de ellos y por la consideración de las obras no llegaron a conocer al artífice [...] Pues de la grandeza y hermosura de las creaturas por razonamiento se llega a conocer al Hacedor de éstas» (*Sap* 13:10).

Las palabras de San Pablo y las del libro de la Sabiduría permiten asentar que ha habido una revelación de Dios en la creación. Hay, pues, una revelación cósmica que permite explicar la constancia de algunas verdades fundamentales como la existencia de Dios, su poder, la necesidad de darle culto, ofrecer sacrificios que se dan en todas las religiones, y que parecen tener sus raíces en la prehistoria. También es clara la variedad de ritos y creencias y las deformaciones que esas verdades sufrieron con el correr de los siglos, mereciendo el reproche de los autores inspirados¹⁴. Para remediar esos desvíos Dios «habló muchas veces y de diversas maneras por los profetas y finalmente por su Hijo», como dice la carta a los Hebreos (1:1). Al ascenso natural del hombre a Dios hay un descenso de Dios al hombre expuesto por la Biblia.

La revelación bíblica comienza transmitiendo antiguas tradiciones que precisan la verdad sobre dos enigmas que intrigan al hombre: el origen del mundo y el origen del mal. Dios (*Elohim*) es el creador de todas las cosas; no sólo se deben a Él los fenómenos de la naturaleza, sino que es el autor de todo lo existente (*Gen* 1:1-25). Y Él puso al hombre en el mundo para que lo dominara. Podía Adán —también Eva, la compañera que le dio el Señor— comer de todos los frutos de los árboles del vergel, salvo del «árbol de la ciencia del bien y del mal» (*Gen* 2:8-18). Tentada por el demonio, la mujer cedió al deseo de saber la verdad sobre el bien y el mal y comió y dio de comer a Adán del fruto del árbol misterioso. El tentador les había asegurado que si lo hacían serían «como dioses» (como *Elohim*), «conocedores del bien y del mal». Parece lógico pensar que los hombres primitivos se sentían incapaces de discernir lo bueno de lo malo, lo que los colocaba en total inferioridad ante Dios, poseedor de ese saber indispensable para el obrar (*Gen* 3:1-7). Ser como Dios es poseer la verdad sobre todo práctica.

Hay pues una íntima relación entre la verdad y la religión. En la religión natural que Santo Tomás estudia en su tratado sobre la justicia¹⁵, la relación ha sido establecida hasta por autores ajenos a la religión. En la religión revelada (judaísmo y cristianismo) la revelación divina es manifestativa de la verdad. Son múltiples los pasajes del Antiguo Testamento que asocian estrechamente la actitud religiosa con la verdad. El apóstol San Pablo proclama que Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (*I Tim* 2:4). Aun cuando

¹⁴ Cfr. F. BERGOUNIOUX, «La religión del hombre prehistórico»; y J. GOETZ, «Las religiones de los primitivos», en *Religiones prehistóricas y primitivas* (Andorra: Gasal, 1960).

¹⁵ Cfr. *Summ. theol.* II-II q. 81.

en muchos de esos pasajes «verdad» (*emet*) indica mas bien «fidelidad», en otros es indudable que al menos se acerca al sentido de verdad como expresión del conocimiento correcto de la realidad. En el Nuevo Testamento es claro este último sentido típico de la cultura helénica¹⁶.

La conducta humana, en esta perspectiva, ha de surgir de la verdad: de la verdad sobre del mundo hecho por Dios para morada humana; de la verdad sobre la naturaleza de la vida humana y su destino; de la verdad suprema que es Dios mismo. La verdad no sólo nos lo ha sido revelada, sino que «se hizo carne y habitó entre nosotros» (*Io* 1:24): el Verbo Divino asumiendo nuestra naturaleza, proclamó: «Yo soy la verdad» (*Io* 14:4).



JOSÉ IGNACIO FERRO TERRÉN

Espíritu y fuego

Un libro reciente de Mons. Héctor Aguer

El presente volumen reúne una serie de conferencias pronunciadas en el año 1994 por el arzobispo de La Plata, Mons. Héctor Aguer, durante su ministerio previo como obispo auxiliar de Buenos Aires¹. En la noticia preliminar (pp. 5-8) explica que el título está tomado del Evangelio (*Mt* 3:11; *Lc* 3:16) de las palabras con las que Juan el Bautista anuncia la proximidad del Mesías que «encierra una imagen sintética y bella de lo que se llama comúnmente la espiritualidad cristiana» considerada desde la perspectiva de sus modelos históricos «a partir del fundamento bíblico y tal como la vivieron en la Iglesia generaciones sucesivas de fieles».

El primer capítulo intitulado «El Pneuma y el Logos: Espíritu, espiritualidad, espiritualidad bíblica» (pp. 9-42) refiere la «espiritualidad» a la vida cristiana según el Espíritu Santo que tiene su origen en el bautismo y que se configura de acuerdo al Evangelio en la *secuela Christi*. Resalta la dimensión trinitaria de la vida cristiana en la que el Padre en-

¹⁶ Cfr. *Io* 1:8, 14:6 y 17:17; *I Tim* 2:4; *II Tim* 2:25; *Tit* 1:1; *Hebr* 10:26; *II Cor* 6:7; *Eph* 1:13; *I Petr* 1:22; *II Io* 4:3; *III Io* 3:8.

¹ Héctor AGUER, *Espíritu y fuego* (Lima: Vida y Espiritualidad, 2001). 253 páginas. ISBN 9972-600-76-9.